

EL DIÁLOGO Y LA TOLERANCIA

Una de las características de nuestra generación es la de ser, al menos desde el punto de vista educativo, padres y madres muy dialogantes con nuestros hijos. Ello puede obedecer a un intento de compensar modelos familiares en los que pudimos percibir una falta de diálogo y por otro lado, también a que socialmente y políticamente, definirnos y conceptuarnos como personas dialogantes es un signo de cierto progreso pedagógico, de una manera mejor de funcionar, de un modo más abierto de abordar las relaciones interpersonales. Lo cuál siendo cierto, es una verdad sólo a medias.

¡Qué duda cabe, que el diálogo es un elemento muy valioso en la convivencia familiar! La dificultad estriba en querer utilizarlo, en cualquier circunstancia y para solventar cualquier tipo de dificultad. El diálogo se puede convertir en la “salsa de todos los guisos”. En nuestro dialogar constante, a veces excesivo, con nuestros hijos, hay un deseo de hacerles partícipes de las decisiones que tomamos y esperar de ellos una cierta comprensión hacia nuestros motivos e intenciones. En ocasiones, en este dialogar y explicar, buscamos que nuestros hijos aprueben y validen lo que por ellos hacemos, en cierto modo buscamos, su aprobación. Nos cuesta tomar decisiones que les puedan contrariar, por ello nuestro empeño en intentar convencerlos.

Este modelo educativo muy sobrecargado de actitudes dialogantes, puede hacernos en palabras de un adolescente “unos pesados”. Tras un exceso de diálogo se esconden nuestras dificultades para decir “no”, nuestro temor a tomar decisiones y nuestra creencia que tratar a nuestros hijos como adultos, los hace más adultos.

Es natural, incluso podríamos decir que es sano, el que nuestros hijos no compartan ciertas decisiones que los padres hemos de tomar por ellos. Que nuestros hijos no compartan algunas de nuestras decisiones no quiere decir que éstas no sean adecuadas, pues al fin y al cabo, nosotros hemos de diferenciar entre lo que nuestros hijos nos piden y lo que necesitan.

Uno de los motivos que nos empujan a dialogar en exceso con nuestros hijos, tiene que ver con la creencia que al dialogar, convencer, explicar, etc. estamos siendo más afectuosos con nuestros hijos. El afecto tiene muchas caras, a veces se reviste de diálogo, otras se torna firmeza y contundencia.

Estrechamente unido al tema del diálogo, el concepto de tolerancia también está necesitado de cierta revisión, al menos desde la perspectiva educativa. Ser tolerante es un valor en muchas situaciones, pero en otras puede ser una falta de responsabilidad para con nuestros hijos. Podemos mostrar tolerancia, por ejemplo, en cómo decora su habitación nuestro hijo, en su manera de vestir, en su necesidad de preservar su intimidad, etc., pero para determinados aspectos de la vida familiar es importante no demostrar una actitud tolerante. No debemos ser tolerantes con las faltas de respeto, con las agresiones, con una actitud exigente y poco agradecida de nuestros hijos, con el incumplimiento de normas familiares, etc. En este tipo de cosas la tolerancia puede suponer una actitud negligente, educativamente hablando.

La tolerancia, que duda cabe, es un valor. La mayoría coincidimos en ello. La dificultad estriba en que este valor, sobredimensionado, mitificado, no facilita que los padres podamos sentirnos capaces de dirigir y conducir diferentes aspectos educativos en la vida de nuestros hijos.

Un padre, una madre, educativamente competente, se muestra para determinados asuntos, de manera tolerante y dialogante, para otros, de naturaleza importante para la convivencia familiar y el crecimiento sano de sus hijos, puede ser muy poco tolerante. La intransigencia (la ausencia o falta de tolerancia) es también educativa.